



Lucha democrática y hegemonía proletaria*

El movimiento obrero argentino y el Peronismo

La clase obrera argentina, a principios de siglo, se nutre principalmente de contingentes de trabajadores inmigrantes de Europa meridional. El movimiento obrero surge bajo la inspiración anarquista, típica de naciones donde la debilidad del capitalismo deja sobrevivir, junto al proletariado industrial, amplios sectores de manufactura y artesanado. En un segundo momento, se hacían sentir las influencias del socialismo y del comunismo que, sin embargo, no llegarán a modificar radicalmente el carácter estrechamente corporativo de los sindicatos anarquistas, ni su concepción pequeñoburguesa radicalizada.

Cada nuevo impulso en el crecimiento capitalista, desarrolla también al proletariado como fuerza social, al margen de las organizaciones profesionales anarquistas y socialistas, incapaces de absorberlo. Este proletariado de "cabecitas negras", sin tradición de lucha, se va constituyendo, en los años de la II Guerra Mundial, y quedará como masa vacante de dirección, no sólo sindical, sino primordialmente política.

La alianza de la incipiente burguesía interior con el sector nacionalista del ejército, a la sazón enfrentando a los EEUU en la crisis interimperialista por su posición ideológica, necesita de una fuerza social que le sirva de apoyatura para un proyecto expansivo y de modernización económica y social. Las masas trabajadoras cumplirán inicialmente ese papel, en la medida en que, desde el Estado, se le ofrecen una serie de reivindicaciones realmente sentidas: participación política plebiscitaria, mejoras económicas y sociales a la altura de los países capitalistas avanzados, una poderosa organización sindical centralizada nacionalmente, que consolida la presencia del movimiento obrero como fuerza fundamental en la sociedad argentina, a la vez que sirve de herramienta al régimen para su política de presión negociadora con la gran burguesía y el imperialismo.

El error de la izquierda

El PCA fue incapaz de interpretar el proceso real, servilmente sometido al stalinismo. Caracterizó al peronismo directamente de fascista, sin ubicar el análisis en la situación nacional, y se plegó a esa parodia de Frente Popular que fue la Unión Democrática. El peronismo se encarama en una situación de disputa de la hegemonía, inclinado inicialmente a los intereses de la burguesía interior en ascenso, y promoviendo una movilización y una organización que, controlada por el Estado, engendra en masas sin tradición de lucha, un **informe sentimiento antipatronal y antimperialista**. La ironía de la historia quiso que aquella posición, fundamentada en el enfrentamiento absolutamente formal entre fascismo y democracia, que obvia el análisis del carácter de clase del Estado y cae en fetichizar la legalidad burguesa, culmine hoy día, en el apoyo a la dictadura más feroz de la historia argentina. No existe de ningún modo, como lo pretende la teoría izquierdista de la "desperonización", una **conciencia pura** del proletariado que aguardaría encerrada en el programa de algún partido. Esa conciencia es históricamente concreta y debe ser construida en la práctica social y política. Para un marxista revolucionario, es necesario superar el sentimiento espontáneo en sus formas político-ideológicas concretas (como el peronismo), hacia una conciencia revolucionaria auténtica, pero por el desarrollo de los embriones concientes que encierra ese mismo sentimiento. Ese sentimiento es en sí mismo contradictorio, dentro suyo chocan permanentemente la realidad vivida cotidianamente de la explotación, y la justificación que trata de hacer de ella la ideología dominante. El peronismo, como fenómeno de masas, encierra esta contradicción.

El drama del derrocamiento de Perón aporta, sin embargo, una enseñanza histórica al movimiento obrero argentino: la movilización en la Plaza, la simple amenaza ya no basta para hacer retroceder a la burguesía... Desde entonces, se discutirá, aún dentro mismo del peronismo, el hecho de que Perón no entregara al pueblo decidido, las armas arrumbadas en los sótanos de la CGT. Este tema, por sí solo, y más allá de la viabilidad real que pudiera haber tenido el armamento de las masas en 1955, pone de manifiesto la toma de conciencia frente a una situación nueva: **el idilio entre el Estado y los trabajadores quedará roto para siempre**. Empieza una nueva etapa del movimiento peronista, la de la proscripción, de la resistencia y la clandestinidad. A partir de la década del 60, la Juventud Peronista se desarrollará con perfiles propios, y acabará hegemonizada por las llamadas "formaciones especiales", profundizando contradicciones internas de fractura. No obstante, y en general, Perón siguió siendo la clave de la unidad del movimiento.

La consigna que sintetiza la resistencia es la del **retorno**, con un carácter puramente regresivo y sin contenido real. Pero en la medida que nuevas generaciones obreras, con nuevas experiencias, van relevando a los obreros de la dorada época peronista, esa consigna pierde todo contenido propio. El surgimiento del proletariado cordobés se ubica en el puesto de avanzada del movimiento obrero argentino desde 1969. El desarrollo de esta juventud radicalizada tanto por el desarrollo del movimiento de masas en Argentina, como por la influencia de la Revolución Cubana y las corrientes socialistas de liberación, llevarán al seno mismo del peronismo la lucha armada. La resistencia, el masivo voto en blanco, la organización de base independiente, los paros nacionales, las tomas de

* ACLARACIÓN: El presente es un resumen de las posiciones de OCPO sobre el proceso revolucionario de las décadas 60 y 70, realizado exclusivamente para el Taller sobre Movimientos Políticos en Argentina. Como todo resumen, seguramente se saquen de contexto algunas declaraciones. Previendo eso, esperamos haber hecho lo mejor posible.

fábricas, en los casos más avanzados con toma de rehenes y control obrero de la producción, son algunos hitos de este proceso de profundización de la resistencia obrera a lo largo de la década del 60.

La lucha armada

El desarrollo de la revolución mundial (China, Cuba, Vietnam) y la propia radicalización de la lucha de clases en el país, plantean la cuestión de la **vía revolucionaria**. Es entonces cuando se enfrentan de manera irreconciliable, dos concepciones estratégicas: la de la vía pacífica al socialismo, y la de la vía armada para la toma del poder. La línea de la "coexistencia pacífica" entre el capitalismo y el socialismo, vino a afirmar aún más la concepción gradualista del stalinismo. De hecho se sustenta la coexistencia pacífica entre proletariado y burguesía dentro de cada país, la conciliación de clases a nivel nacional e internacional bajo la amenaza del apocalipsis nuclear.

Lo que da origen e impulso a las organizaciones revolucionarias armadas es, por un lado, la propia radicalización de la lucha de clases en el país, y el correlativo deterioro del poder de engaño del Estado que lo obliga a ejercitar una represión más y más violenta, y por otro, el la crisis internacional del marxismo. La lucha armada se integra a los propios métodos de lucha de los trabajadores, y ellos empiezan a contar con la guerrilla como aliado natural.

Desde el comienzo, se perfilan dos tendencias: el peronismo armado (FAR-FAP-MONTONEROS), que acabará sintetizado en Montoneros, dentro del ámbito ideológico y político populista y reformista del peronismo; y el marxismo revolucionario, que en una historia compleja y desigual, culminará en un primer momento en el PRT-ERP y, posteriormente, en OCPO. La historia de la guerrilla peronista, iniciada en 1968 con Taco Ralo, y consolidada en 1970 con la ejecución de Aramburu (figura de recambio del partido Militar), es la del ala izquierda radicalizada del propio movimiento peronista, prácticamente hasta la muerte del líder.

El primer eje de la polémica interna del campo del marxismo revolucionario fue el del carácter de la revolución en la Argentina. El PRT surge caracterizando el proceso de liberación como revolucionario socialista, y la estrategia como de guerra prolongada. Esta definición, que supone un gran avance en el proyecto marxista revolucionario en la Argentina, da lugar sin embargo, a una política que se dirige a priorizar el Frente de Liberación sobre la construcción del Partido de vanguardia del proletariado, y a reducir la lucha política a la lucha armada. Ya con la caracterización de la etapa como de guerra civil revolucionaria, la desviación militarista consolida su hegemonía dentro del PRT, que acabará dirigido por el ERP y no a la inversa. Los grupos dispersos de la tendencia socialista revolucionaria se plantean la necesidad de construir una alternativa propia que no aparece clara desde un principio, sino que va desarrollándose con la superación del foquismo, del maoísmo dogmático, y del estrecho sindicalismo de los grupos "clasistas".

En el seno mismo del SITRAC-SITRAM se desarrollará con enorme energía una discusión, en donde se enfrentarán el insurreccionalismo con las diversas concepciones sindicalistas, lo que suponía una polémica en torno a la vía de construcción del Partido Proletario, y la perspectiva revolucionaria (insurrección o guerra prolongada). La crisis del foquismo, a partir de la muerte del Che, plantea nuevos problemas en el campo de la lucha armada, centrados en la organización de la clase obrera y la línea de masas. El desplazamiento de la guerrilla rural a la urbana, en el que se ubican tanto el PRT como Montoneros, significa para la izquierda marxista el planteo de cuáles son las fuerzas motrices y dirigentes en el proceso revolucionario argentino.

El contenido político concreto de la polémica, de ningún modo puede reducirse a la oposición entre violencia aislada y violencia vinculada a las masas. Las organizaciones revolucionarias, si se proponen cumplir efectivamente un rol de vanguardia, debe hacerlo también en cuanto a la lucha armada. Ceñir la lucha armada al desarrollo del movimiento de masas parte de una concepción francamente espontaneísta, que la reduce a la autodefensa, como reduce la lucha política a la resistencia sindical. De lo que se trata, entonces, es de articular dialécticamente en una política definida, las formas de violencia de la vanguardia revolucionaria, con los niveles de violencia efectivamente alcanzados por la lucha de clases. No ha sido la lucha armada lo que ha aislado a algunas organizaciones de las masas, sino la desviación militarista, que consiste en hacer de la lucha armada la lucha política misma.

El proceso de masas desde 1969

El "cordobazo" puso en jaque a la dictadura. Desde ese momento, el problema de la Revolución Argentina consistirá en implementar una retirada honorable. La gran burguesía debía encontrar otra vía para realizar sus intereses estratégicos. Ahora se trata, nuevamente, de "pacificar", de canalizar el alzamiento de masas por las vías institucionales... En la medida que el frente espontáneo contra la dictadura no conseguía una alternativa propia de dirección, fue siendo capitalizado por la burguesía interior montada sobre la ola, y su conducción ocupada por Perón desde el exilio. Pero este hecho no nos tiene que ocultar las diferencias entre el proyecto de Perón y el plan de la gran burguesía imperialista "democrática" expresado en el GAN, que la izquierda en general identificó mecánicamente. En la continuidad de la dominación burguesa, es necesario saber diferenciar los momentos, las distintas coyunturas y reagrupamientos de clase. De otra manera, resulta imposible delinear una política concreta, que dé respuesta a las necesidades reales, y sepa aprovechar para los objetivos estratégicos, las tendencias en desarrollo. De otra manera, no salimos del coto vedado de los principios, que se mantienen abstractos, y en consecuencia, inservibles para comprender y dirigir el movimiento de masas. El atrincheramiento de los principios es, en última instancia, una actitud profundamente espontaneísta, ya que supone que por la propia inercia del movimiento, las masas arribarán a los objetivos estratégicos como la Montaña a Mahoma.

En la historia, lo universal se realiza siempre por mediación de lo particular, y resulta transformado por ello: precisamente, la realidad es la síntesis superadora de esos dos extremos. Los fines estratégicos se hacen prácticos por esa mediación teórico-política que los realiza y transforma, y que es, concretamente, la política.

Ser consecuente con los principios marxistas no consiste en declararlos ante las masas cada vez que ellas reclaman una solución a sus necesidades y aspiraciones, sino en hallar la vía concreta de procesarlas prácticamente, dirigiéndose a su superación revolucionaria.

La nueva organización del movimiento obrero

La organización de base, democrática y combativa, tiene ya una larga tradición en el movimiento obrero argentino. Más allá de la polémica entre la izquierda socialista, respecto a la construcción o no de organizaciones sindicales "paralelas", y el trabajo dentro de los sindicatos burocráticos del Estado, en los hechos, las bases obreras se fueron aglutinando espontáneamente desde 1966 en organismos antiburocráticos, en muchos casos clandestinos. El eje antiburocrático, que junto con el antipatronal y el antimperialista, configurarán el marco de la resistencia obrera ya al final de la década del 60, se remonta a los comienzos de la resistencia peronista, pero se consolida a partir de que los sindicatos recuperan la legalidad y, con el vandorismo, se erige un verdadero "poder burocrático" de las direcciones.

La aparición, en Córdoba, de los sindicatos "clasistas" SITRAC-SITRAM, plantea en los hechos el tránsito de las organizaciones de base a organismos de masas y legales, orientados a la recuperación de los sindicatos por las bases. La avanzada obrera del SMATA-Córdoba desplaza a las direcciones burocráticas de su sindicato, en un proceso de lucha espontáneo. Es un hecho importante que, mientras en el cordobazo la clase obrera aparecía confundida entre las masas populares y la pequeñoburguesía rebelada, ya en el "Viborazo", el proletariado estaba a la cabeza del movimiento de masas (y con él, fuerzas revolucionarias como el PRT). El clasismo lograba una síntesis correcta entre resistencia y revolución (sindicatos y partido) y significaba un avance notable en la conciencia y organización de la clase obrera, pero su dirección no alcanzaba a superar las concepciones insurreccionalistas y espontaneístas del PCR.

Las elecciones de 1973

El materialismo histórico remite siempre la posibilidad histórica a la NECESIDAD de clase, y entre ellas trata de realizar la síntesis.

En general, el infantilismo izquierdista no repara que en muchos casos, sobre todo cuando no existe aún una vanguardia revolucionaria efectiva, las masas no se mueven por programas más o menos coherentes, no eligen libremente entre fórmulas discursivas las que les ofrecen mayores beneficios, sino que se mueven impulsados por sus propias necesidades. Cuando la velocidad del proceso acorta las distancias entre lo reivindicativo y lo político, esas necesidades sentidas abrigan una enorme potencialidad revolucionaria. De ellas debemos extraer las tendencias materiales para nuestra política. Nuestra coherencia surgirá de la síntesis que podamos lograr entre las necesidades del movimiento real y la teoría revolucionaria.

Por todo esto, lo que debemos preguntarnos ante las elecciones de 1973 es si en realidad Perón podía objetivamente frenar el ascenso de masas; si estaba en condiciones de frustrar las expectativas puestas en él por las masas, o por el contrario su acceso al gobierno sería espontáneamente tomado por el pueblo y la clase obrera como una victoria propia, vigorizando aún más el impulso de sus luchas, fortaleciendo a pesar suyo la confianza en sus propias fuerzas, y dando nuevas alas a su combatividad. La organización de base y la recuperación de comisiones internas, siguió adelante luego del triunfo peronista en las elecciones de 1973 con un ritmo acelerado. La tregua en la lucha de clases que pretendía el Pacto Social, no se concretó un solo instante. Bajo el gobierno de Cámpora y al son de las declaraciones antimperialistas de Vázquez y antirepresivas de Righi, se levantó la hola de huelgas generales y ocupaciones de fábricas más grande de nuestra historia. Si el objetivo del peronismo en el gobierno era, después de la primera distensión, desmovilizar a la clase obrera restaurando la capacidad mediadora del Estado, ese objetivo no fue logrado jamás. Ni siquiera la vuelta de Perón fue capaz de frenar el avance de masas.

El voto en blanco cumplía el 11 de marzo de 1973 la función objetiva no sólo de un apoyo a la dictadura y una apuesta tácita a la derrota del campo popular que masivamente se apoyaba en el peronismo para seguir adelante, sino también y sobre todo una ceguera total para advertir el formidable mejoramiento en las condiciones objetivas y subjetivas obtenido por las masas con el triunfo electoral del peronismo. Por otra parte, la falta de correspondencia histórica objetiva entre el proyecto de Perón y las necesidades y aspiraciones de las masas, la incapacidad estructural del capitalismo dependiente argentino para satisfacer mínimamente en un desarrollo económico expansivo, llevaría al agotamiento del peronismo histórico. Era preciso avanzar en la lucha y la organización mientras esa alianza procesaba sus contradicciones, a fin de que al romperse definitivamente ya existieran las bases para una alternativa política superadora. No obstante la orientación sustancialmente correcta que lleva a la LUCHA SOCIALISTA a votar por el peronismo, a estas fuerzas les falta aún un programa alternativo para procesar la radicalización de masas y la superación del peronismo.

Pasado el primer momento de distensión, el peronismo oficial recurre a un régimen fuerte con la presencia directa de Perón y un fuerte desplazamiento a la derecha, dentro de su propio movimiento. La izquierda revolucionaria en su conjunto denuncia el rumbo tomado por el gobierno.

La resistencia obrera da un salto adelante desde 1973 y no cesa de crecer en un proceso que únicamente el golpe militar de 1976 conseguirá frenar. Las medidas de lucha se incrementan proporcionalmente a la falta de soluciones a la situación de las masas, por parte de un gobierno que se embriaga de palabras y de crímenes de las AAA. Sin embargo, el fracaso evidente del proyecto peronista y la muerte de Perón, marcan un impasse de desconcierto en la clase obrera y el pueblo, que no puede ser estimado de ningún modo como una derrota histórica, como lo hiciera Montoneros.

El movimiento obrero

La lucha de Villa Constitución es el punto más alto alcanzado hasta entonces en el desarrollo del movimiento obrero, y se plantea con características nuevas, superando las limitaciones del clasismo. La organización de base permitió recuperar la seccional respectiva de la UOM, y unificar al conjunto de la población en torno al Comité de Huelga. Sólo la ocupación de la ciudad y la planta por el Ejército, y la presión de sus dirigentes, pudo frenar **por el momento** la extensión del conflicto a otros centros industriales. Sus características fueron:

1- Un Programa de reivindicaciones obreras y populares en el Plenario Nacional realizado a principios de 1975. Centro de unificación combativa del movimiento de masas nacional.

2- La ampliación de los organismos obreros de dirección al conjunto del pueblo.

3- El armamento de los sectores obreros y populares más avanzados (piquetes y Brigadas Rojas), que alcanzan niveles superiores al de la autodefensa.

Las coordinadoras obreras se erigieron en organismos populares de dirección obrera, pero resultaron incapaces de señalar un objetivo político superador de la crisis generalizada. En junio, la clase obrera se enfrentó al vacío de poder, se sentía perfectamente capaz de voltear al gobierno que se desmoronaba, pero carecía de una alternativa propia que ocupara su lugar, ni había desarrollado el frente necesario para imponerla al conjunto del país. El golpe militar aparecía como una terrible amenaza, y existía resistencia a seguir avanzando sin más perspectivas que precipitarlo. El repliegue de la lucha manteniéndola en los límites sindicales, es responsabilidad directa de las fuerzas que dirigieron el movimiento. Montoneros por circunscribirlo a su lucha contra el lopezrreguismo, y OCPO sin la fuerza necesaria aún para erigirse en partido. Montoneros, partiendo de que la clase obrera vivía una situación de derrota histórica a raíz de la muerte de Perón, atribuía a las coordinadoras un carácter meramente coyuntural. OCPO, hegemonizando al socialismo revolucionario, concebía a las coordinadoras como organismos de unificación combativa de la clase obrera, capaces de erigirse en dirección de las amplias masas populares. El PRT ubica el centro de su política no en el proletariado industrial de los grandes centros, sino en los hechos, en la zona campesina y semiproletariado tucumana, que incluso llegará a trasplantar trágicamente a la Capital en la operación de Monte Chingolo. El FAS significó un enorme paso adelante en la unificación de los revolucionarios marxistas. Priorizaba en los hechos la formación de un Frente Amplio de todos los sectores genéricamente antiimperialistas, que sirviera de sustento al Ejército Popular (ya que el PRT-ERP caracterizaba la etapa como de guerra revolucionaria), por encima de la construcción de una vanguardia revolucionaria socialista, es decir, del Partido mismo.

De manera creciente, las bases obreras rebalsan sus direcciones burocráticas, y en los hechos el movimiento obrero discurre al margen del aparato sindical institucional, que trata de canalizarlo. Este hecho es una seria advertencia respecto al equívoco de considerar de entrada y necesariamente, a toda organización sindical legal y con afiliados, como organismo natural de la clase obrera.

Si bien históricamente, los sindicatos surgen de la resistencia espontánea de los obreros, no puede negarse el proceso real de copamiento de las direcciones e incorporación de la estructura al Estado, característico de la fase monopólica del capitalismo. Los sindicatos no cumplen solamente el papel de aparatos de dominación ideológica del Estado, sino que se convierten en mecanismos de encuadramiento y movilización de los trabajadores: su función no es sólo pasiva, de mero control, de freno, sino que en situaciones críticas se convierten en organismos efectivos de desviación. Por esto es que las propias bases obreras, muchas veces de manera espontánea y según las coyunturas crean sus propias organizaciones y con ellas recuperan sus organismos sindicales. Ambos procesos, el de organización y el de recuperación, tienen una característica central y decisiva: la independencia de la dirección respecto de la estructura burocrática.

Tucumán fue el ensayo general de lo que sería la dictadura de Videla, y la única forma de enfrentarla era, ya a fines de 1975, dar un salto adelante, construir los organismos de masas y la organización de vanguardia que armara al proletariado y al pueblo, vale decir, crear las condiciones para el desencadenamiento de un proceso revolucionario, que sería necesariamente prolongado. Al no darse este salto cualitativo, fundamentalmente por el carácter embrionario y contradictorio de la vanguardia, el golpe se hizo inevitable y no menos sangriento porque las masas se entregaron maniatadas a sus opresores, dispuestos a imponerle hambre y opresión para salvar su propia crisis.

Síntesis superior para una nueva unidad

La presente es una etapa autocrítica, de polémica y síntesis. Aquellos que no quieren reconocerlo cierran los ojos a la realidad. Únicamente la discusión crítica con afán de unidad real, puede fortalecer a un campo revolucionario debilitado. Hoy se va configurando un ámbito de cuestiones indiscutibles entre los revolucionarios, que pueden servir de punto de partida comunes para la polémica. A nuestro entender, esos puntos son: La necesidad del socialismo, el rol dirigente que corresponde a la clase obrera, la necesidad de una línea de masas que unifique al campo popular bajo la dirección obrera, la unidad combativa y antiburocrática del movimiento obrero, la necesidad de la lucha armada.

Posiblemente parezcan demasiado generales e imprecisos, y no cabe duda que tras las palabras idénticas existen diferencias ideológicas y políticas profundas. Todo nuestro análisis precedente demuestra que no estamos interesados en ocultar esas diferencias, ni siquiera en atenuarlas, sino todo lo contrario. Pero, de todos modos, el hecho de que hoy aparezcan esos puntos comunes significa un notable avance en las perspectivas de unidad del campo revolucionario, por encima de las tendencias divergentes que hoy lo desgarran.

La simple enumeración de cuestiones pendientes, demuestra desde ya la envergadura de la tarea de discusión y síntesis: el carácter Socialista de la Revolución, la contradicción fundamental, el carácter de clase del Estado, la dictadura del proletariado y el gobierno obrero y popular, la articulación política de los aspectos democráticos, populares y antiimperialistas de la revolución. Con respecto al segundo punto, el proyecto de construcción del Partido (los conceptos de vanguardia y de hegemonía, en nuestra situación concreta). En cuanto al tercero, las cuestiones referidas a la lucha democrática y las formas de organización de transición. En la política para la clase obrera, la polémica se plantea en torno al concepto mismo de independencia de clase, y la articulación de sus intereses inmediatos de la lucha espontánea, y los intereses históricos de la lucha consciente. Finalmente, la lucha armada plantea la necesidad de la construcción del Ejército Popular, el armamento de las masas, etc.

El marxismo-leninismo es, a nuestro entender el fundamento de los puntos de partida enumerados. La praxis es la única capaz de sintetizar teoría y práctica, en la construcción de condiciones superiores por la transformación revolucionaria de la realidad.